



21 de diciembre de 1879

LA HUMILDAD

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

En el deseo que tenemos todas de recibir el mayor número posible de gracias para la fiesta de Navidad, me gustaría recordaros que, de todas las disposiciones, la que más atrae a Dios al alma es la humildad. Tenemos en nuestra Orden una Regla muy hermosa sobre la humildad; pero al lado de la Regla hay, me parece, algo que deciros, al recordaros que la humildad es hermana de la sumisión y que es también la hermana de la caridad.

San Pablo nos dice hoy que importa poco que nos juzgue el mundo¹. No son los juicios del mundo los que hacen la medida exacta de lo que somos. Ser estimado por el mundo o ser despreciado por él no tiene gran significado: es Dios quien es nuestro juez. En cada momento Dios mira el fondo del alma. Ve allí este grado de virtud, esta imperfección, esta disposición de humildad, de voluntad propia, de generosidad, en fin, las disposiciones que pueden hacernos agradables o desagradables a sus ojos. En un retiro - vamos a hacer uno durante los tres días antes de Navidad – hay que ponerse bajo la mirada de Dios y tratar de conocerse en esta luz interior.

Hay pocas entre vosotras, con relación a la gente que vive en un estado en el que uno esperaría encontrar naturalmente tales o cuales virtudes, que no se hayan dicho a sí mismas: "¿Cómo es que tal persona no tenga tal virtud? Nos sorprende encontrar personalidad² en uno, la necesidad de hablar de uno mismo en el otro. Para mí, admito que me sorprendió encontrar una persona comprometida en el estado eclesiástico que sólo sabía hablar de *yo* y de *mí*.

Esto se debe a que muchas personas -que por cierto quieren servir a Dios, y que logran santificarse, porque en la continuación de su vida, Dios les envía pruebas, contradicciones, humillaciones – no ven en ellos ante todo alguna falta, alguna mancha particular que a menudo sorprende a los demás. Desde este punto de vista, ser juzgado por el mundo importa poco; pero aprovechar los juicios del mundo importa mucho porque, en estos juicios, siempre hay un fondo de verdad que nos ayuda a conocernos a nosotros mismos. No debemos irritarnos por ello, sino entrar en uno mismo y decir: "Sin duda, no me conozco a mí misma. ¿Qué detiene en mí la luz de Dios? ¿Cuál es la

¹ Cf. 1 Co 4, 3.

² "Personalidad": palabra empleada en un sentido peyorativo en el siglo XIX.

fuente de mi imperfección? ¿Qué es lo que la luz muy pura de nuestro Señor encuentra en mí que se opone a su difusión?»

No ignoráis, hermanas mías, que Dios habita en nuestras almas. Vive en ellas de muchas maneras. Primero por su ser, y espera nuestra adoración. Después por su gracia. Dios no sólo nos creó, sino que nos da la gracia, nos hace sus amigos. Nuestro Señor está en nosotras, no por su presencia sensible, excepto en el momento de la comunión, sino por su gracia y su espíritu. Es como el alma de nuestra alma, vive en nosotras y nos comunica su Espíritu. El Espíritu Santo habita en nosotras como en sus templos. *Sois templo de Dios*³.

¿Por qué no nos recogemos fácilmente? ¿Qué impedimento encontramos para entrar en nosotras mismas para recibir la luz de la Santísima Trinidad que habita en lo más profundo de nuestra alma? Nuestros pecados, nuestras imperfecciones, son los velos que nos ponemos en este sol y que nos dejan en nuestro propio espíritu, en lugar de penetrarnos con el espíritu de Jesucristo.

Dios está en el fondo de nuestra alma, según la expresión de Bossuet, como un sol brillando a través de un cristal. Si exponéis un globo de cristal a los rayos del sol, lo penetran. Pero si en vez de un globo de cristal, se toma un globo opaco o cubierto de velos, el sol no se refleja en él. Así pasa, desgraciadamente, en nuestra alma. Por eso se dice tan a menudo en las Escrituras: *Pecadores, meditaad esto en vuestros corazones*⁴. Venid a escuchar al que allí habla, adorad al que allí habita.

Todas conocéis el capítulo de la *Imitación* sobre el reino de Dios que está dentro de nosotras. Aquí es donde se tiene que entrar para que la luz nos ilumine. Una de las primeras cosas que tiene que iluminarnos es conocer a Dios y a nosotras mismas. ¡*Que yo te conozca, oh Dios mío, y que me conozca a mí mismo!*⁵ dijo San Agustín. ¡*Que te conozca para amarte, que me conozca para despreciarme!* Que por fin logre ser esta humilde y pequeña criatura, despreciándose a sí misma, conociendo su imperfección, su debilidad, su miseria, presentándose así delante de Dios, buscándole por la fe, la adoración y el amor en su alma, escuchando sus enseñanzas, volviéndose fieles a ellas y buscando que sus rayos iluminen su corazón.

Cuando la luz de la gracia se posesiona así de todo nuestro ser, acaba brillando a los ojos de los hombres, porque se extiende en nosotros y nos convertimos en almas de luz. En este sentido se dice en el Evangelio: *Mientras tenéis luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz*⁶. Y de nuevo: *Brille vuestra luz ante los hombres*⁷. No nosotras, sino Jesucristo en nosotras, sino la luz divina en nosotras, difundiéndose y saliendo de nosotras, porque estamos bajo su influencia y bajo su acción.

Escuché a alguien decir el otro día que la reputación es lo que más queremos, y me pareció que era terriblemente humano. Puede ser así en el mundo. Para nosotras, religiosas, lo que nos debe ser más querido es la gloria y el honor de Dios, la extensión de su reinado en las almas. En cuanto a nosotras, es el estado religioso y todo lo que nos constituye más perfectamente en el estado religioso, porque es lo que nos establece en un estado de perfecta caridad hacia Dios.

³ 1 Co 3, 16-17.

⁴ *Redite praevaricatores ad cor.* Is 46, 8.

⁵ *Soliloquios*, libro II.

⁶ . Jn 12, 36.

⁷ . Mt 5, 16.

Si somos dependientes de la gracia de Dios dentro de nosotras, si permanecemos en una perfecta caridad, nos convertiremos en mujeres de luz, y terminaremos siendo transparentes de la gracia y la luz de Jesucristo. Entonces se establecerá el parecido con Jesucristo, y se cumplirán estas palabras del Evangelio, porque nuestro Señor descendido al corazón vive allí y es libre para irradiar su luz, su calor y su gracia.

Esto es lo que hay que buscar en un retiro, especialmente en el tiempo de Navidad, tiempo de gran renovación, porque el Señor viene a vivir como de nuevo en nosotras. Él viene a revestirnos con su poder, concedernos sus gracias y convertirse en nuestro Salvador, nuestro padre, nuestro señor, nuestro amigo, nuestro esposo. Así que preparémonos con mucho cuidado a esta hermosa fiesta, y sobre todo con la humildad y dependencia de Jesucristo.